

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

DECENARIO POPULAR CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

10 números cada diez días, 2 reales al mes	
30 " " " " " " " "	1 pta. " "
100 " " " " " " " "	5 " " "
500 " " " " " " " "	25 " " "
1000 " " " " " " " "	50 " " "

«Este precepto os doy: Amaos los unos á los otros como Yo os he amado.»

(JESUCRISTO A SUS DISCÍPULOS)

Tirada mensual de este periódico
21000 EJEMPLARES

ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la localidad en la librería de

D. Lino V. Sangenis, Corrida, 73

La correspondencia de provincias al señor Dtor. de EL AMIGO DEL POBRE.—Gijón.

AMORES QUE MATAN

(HISTÓRICO)

La madre esperaba la vuelta de su hijo.

No le aguarda ahora con aquella tranquila impaciencia, cargada de dulces nostalgias maternas, con que solía esperarle en tiempo de paz, durante el gobierno de Porfirio Díaz, sino con esa otra inquieta, azarosa, que teme peligros y asechanzas a cada lamento casi imperceptible que dan las brisas del campo al herirse con las ásperas hojas del chaparro, a cada balido trémulo de la oveja que, allá en el establo de la hacienda, acaricia, llena de fiebre materna, la sudorosa piel de su nuevo recental.

La nación mejicana atraviesa los senderos de ese calvario por donde la han hecho subir las ambiciones personales de Carranza, de Villa y, más aún, las nacionales de la vecina República.

Doña Lupe es dueña de la hacienda que se tiende a las afueras de Zacatecas, cerca ya de los ricos veneros de plata. Por su casa han desfilado, camino de un destierro forzoso, dos Padres Jesuitas y una Madre del Sagrado Corazón, natural del país y de las familias más ricas de Méjico, a quien Villa quiso en vano secuestrar para pedir después una millonada por el rescate, y esta noche será probable que su hijo, celoso coadjutor de la catedral de Zacatecas, venga acompañado de otros fugitivos.

La puerta de la casa se abrió por fin, y un sacerdote alto, esbelto, joven, un verdadero modelo de escultura sagrada, apareció en la salita a los ojos de doña Lupe.

La criolla, al hundir sus negras pupilas en aquella aparición, sintió una oleada de orgullo; se arrojó al cuello de su hijo y le besó la frente. Después, tomándole a hurtadillas la mano consagrada, la llevó respetuosamente a sus labios.

—¡Cuánto has tardado, Manolo!— le dijo con dulzura.

—No ha sido posible venir antes. Figúrese, mamá, que al ir a cerrar la Iglesia se me presentaron dos reos políticos, dos Hermanos de la Doctrina Cristiana, condenados a muerte por Villa.

—¡Villa... no!—rugió doña Lupe en un pronto de ira. Después, calmando hasta el metal de voz, prosiguió tranquila, mientras tendía un mantel en la mesita de la sala.—¿Y por qué no los has traído contigo?

—Porque corren rumores de que mañana se presente el tirano en Zacatecas, y es lo más probable que venga por el camino de nuestra hacienda.

—¿Villa en Zacatecas? Pero... ¿y qué viene a buscar ese... hombre?

—Lo que busca en todas partes: sangre y dinero.

—¿Y dónde has dejado a esos dos fugitivos?

—En la misma sacristía de la catedral les he preparado unos petates. No creo que Villa se atreva a profanar el templo con su presencia. Mañana yo mismo iré a la Iglesia y les haré salir a los dos por el sitio opuesto al que sirva de entrada al general.

—¡Virgen de Guadalupe, ten compasión de Méjico!—fué la única respuesta de la madre.

* *

Ninguno de los dos pudo conciliar el sueño aquella noche.

Al sonreír el día, Manuel se despidió de doña Lupe. La ciudad estaba desierta, un silencio fatídico, una calma de cementerio tendíase sobre las calles y sobre las casas.

Todos los pacíficos habitantes de Zacatecas sabían muy bien que las hordas de Villa no estaban lejos y que caerían sobre la ciudad antes de caer del todo la mañana.

El piadoso coadjutor penetró en la catedral, reanimó el espíritu de sus protegidos ofreciéndoles, durante su Misa, el pan de los fuertes, y esperó a que las avanzadas del tirano se dejasen sentir por sus aullidos en algu-

nas de las entradas que dan acceso a la ciudad, para guiar a los dos indios religiosos hacia el opuesto camino.

Villa fué más sagaz. Dió por la noche un rodeo con parte de su gente, y penetró a la mañana en Zacatecas por variar de sus avenidas tan sigiloso, que dentro de la ciudad estaba ya cuando su presencia se dejó sentir por los rugidos y las blasfemias de sus rancheros, que, al frente del infame cabecilla, se dirigían a la catedral para robar las alhajas.

* *

Doña Lupe se recomía de impaciencia y de miedo...

En la puerta del corral piafaba nerviosamente el caballo, que, a las primeras señales de aproximación que diésen las avanzadas de Villa, tenía que volar a Zacatecas y llevar al jinete que diera aviso a Manolo, para que éste indicase a los dos reos políticos el camino de la fuga.

¡Y Villa no daba señales de vida!

Avizorando estaba desde la puerta del jardín, cuando por el camino que a la ciudad enlaza con la hacienda vió venir sudoroso, a todo correr de su caballo, al indio que en la catedral tenía doña Lupe para cuidar de su hijo.

El indio no se desmontó siquiera.

—Mamita—gritó al ama desde que ésta se puso al alcance de su voz.—Mamita... Villa en la catedral... el niño preso... corre, corre; le matan.

Doña Lupe se llevó una mano al pecho y se lo apretó con fuerza. Creyó que el corazón se le iba a saltar fuera a impulsos del vuelco que acababa de darle.

Corrió al jardín, montó en el caballo que piafaba aún de impaciencia y de frío, y gritó al indio:

—A la ciudad. Sígueme.

Y se lanzó bebiendo los vientos por aquel camino pedregoso, inhumano, seco, más seco y más inhumano que el mismo corazón de Villa.

Llegó, por fin, a las primeras casas de la ciudad. Desmontóse y corrió por las calles en busca de la catedral.

Entró en la plaza, y el espectáculo más horrendo, más degradante para ignominia del siglo XX desencajó de miedo sus ojos, sacándolos casi de sus órbitas. El regio vestíbulo de la catedral estaba abierto, y por él entraban y salían los rancheros del tirano sacando las alhajas y los vasos sagrados; los ángulos de la plaza hormigueaban de caníbales que a compás de impuros cantos se entregaban ya al vino y al crimen, y completando el cuadro destacábanse sobre los negros muros de la pared de la catedral dos seglares y tres sacerdotes que, con la cara vuelta a la pared, los ojos vendados y las manos atadas a la espalda, medían los instantes de su vida por el horario del capricho de Villa.

La madre reconoció en uno de los tres sacerdotes a su hijo, y como una leona comenzó a acortar distancias, abriéndose paso entre la chusma, en tanto que sus labios anhelados por la angustia y el horror, repetían sin cesar:

—¡Manolo de mi vida, espera, dame un beso!

El sacerdote, tal vez con los oídos del alma, oyó las voces de su madre, y gritó de modo que el alma de la madre también le oyera:

—¡Madre, adiós, hasta el cielo!

—No, no, no. Al cielo, sí; pero juntos.

Estaba ya muy cerca del hijo, cuando Villa, como quien ejecuta la acción más natural del mundo, mientras hablaba con dos coroneles, levantó un pañuelo blanco; sonó una descarga y los cinco cuerpos se desplomaron a compás sobre las losetas de la plaza.

La dama criolla, al oír la detonación, instintivamente se detuvo; lanzó un grito salvaje; se llevó las manos al corazón; recorrió ya maquinalmente el corto espacio que la separaba del hijo, y cayó a plomo sobre él. Aquel corazón maternal, que unos minutos antes era un volcán activo, al tocar al del hijo quedó tranquilo, apagado, deshecho. Los dos cadáveres se besaban con el beso de la muerte y las dos almas iban repitiendo camino de la gloria:

—¡Al cielo, sí, al cielo; pero juntos, unidos con el abrazo de la eternidad!

ALBERTO RISCO, S. J.

El bando del alcalde

—¡Ya has visto lo que el alcalde dice en el último bando?

—Sí que lo he visto, mujer, ayer lo leí en el Diario.

—Pues, hombre, vamos a ver si ya no hablas mal.

—¡Canario!

—¿Pues yo qué digo!

—José....

Por Dios, hombre, si echas sapos

Y culebras por la boca

En estando mal tomado.

—Toma, porque algunas veces

Echo un *Puño* o echo un *ajo*....

Eso es pecata minuta,

Y Dios de eso no hace caso....

—Nó... que dices otras cosas

Que las oyen los muchachos

Y en seguida las repiten

Lo mismo que papagayos.

Mira, ayer tu hijo el menor,

Que aun no tiene cuatro años,

Estaba diciendo.... eso...

Que yo no quiero mentarlo.

—¿Pepico?

—Pepico, sí;

Que tuve que castigarlo

Con un pimiento picante

Que le restregué en los labios....

—Pues mira, hiciste muy bien:

¡El demonio del mengajo!

Que uno por pesadumbre,

Eche un terno no me aparto;

Pero un chico, una criatura....

¡Estábamos apañados!

Daríame a mí vergüenza,

Mujer, te lo digo claro,

De que cualquiera viniese

A vernos, pongo por caso,

Y saliese el zagalito

De esa manera graznando.

—Pues, hijo, si tú le enseñas;

Si él no escucha más rosario

Que el de esas palabras malas

Que nos están condenando.

—¡Que las oiga y no las diga.

—¡Hombre de Dios! Canta el pájaro

Lo que oye cantar; y el chico

También dice sin pensarlo

Lo que escucha; y si de niño

Saca ese vicio tan malo,

Cuando a hombre llegue, su boca

De blasfemias será un caño.

Y las personas honradas

Dirán: «¡Infeliz! ¿caso

El pobre no tuvo madre?

¿Sería algún desgraciado

De los que vienen al mundo

Solos y desamparados?

Y como yo soy su madre;

Como yo he puesto en sus labios

Con los besos de mi alma

Mi fe en Dios y en lo sagrado;

Como a mí no me oyó nunca

Más que invocar a los santos,

Y decir: «¡Virgen del Carmen!

¡Santo Cristo del Amparo!

¡San Antonio de mi vida!

¡Jesús Eterno! ¡Dios santo!»

Como de mí aprende eso

Y oye de tí lo contrario....

Lo que ha de decir la gente

Es que su padre fué malo,

Y que le dió mal ejemplo

Y que no supo criarlo.

—Mujer, ponés ya las cosas

En tal punto y en tal caso....

Que no parece sino

Que el que habla mal es que es malo.

—Sí que lo es. Quien no respeta

Lo divino y lo sagrado,

Nada respeta en el mundo,

Ni lo divino ni humano.

—Puede que tengas razón:

El otro día, un gitano

Mató a un hombre y al herirlo

Dijo una blasfemia el bárbaro,

Que me dió a mí frío, chica,

Y lo hubiera aniquilado.

—El maldecir y hablar mal

Es cosa de condenados;

Lo que hacen en el infierno

El demonio y los diablos.

—Mira, sea lo que quiera:

Por nuestro hijo lo hago:

Desde hoy tienes mi palabra

De no echar siquiera un *ajo*

Ni en la ensalada de col,

Que está muy bueno picado.

—Muchas gracias, José mio;

Deja que te de un abrazo.

¿Dónde hay palabras más dulces,

Sea riendo, sea llorando,

Que decir ¡Virgen Santísima!

¡Jesús mio! ¡Cielo santo!

(Diario de Murcia.)

Importante

para nuestros suscriptores
al corriente en el pago

Que...: vamos, señores, que no estamos conformes con el corto número de Parroquias y suscriptores que viene desfilando por estas columnas. Parece que va la cosa con *cuenta gotas*. Por cientos se cuentan en nuestros libros los suscriptores y ¡sin embargo! ya ustedes ven los números que contamos para el sorteo de la casulla.

¿Cómo es esto? Tantos como están al corriente en sus pagos ¿no tienen ninguna Parroquia de sus simpatías a quien favorecer, ninguna Iglesia pobre que proponernos? No, no cerramos todavía la lista porque esperamos muchas más Parroquias y es necesario que vengan; que nuestros buenos suscriptores se animen al beneficio si no quieren desilusionarnos para nuevas tentativas.

Siguen las notas recibidas

66 y 67.—D.^a L. R., de Gijón.—Parroquia de Cabueñes.

68.—D.^a L. M., de Gijón.—Parroquia de Ambás (Villaviciosa).

69.—D. A. P., Toledo.—Parroquia de San Pedro.—Toledo.

70.—D. P. S. G.—Zureda.—Parroquia de San Miguel de Zureda.

71.—D.^a A. P. de la S.—Gijón.—Parroquia de Bermiego (Quiros).

72 y 73.—D. A. R. A.—Pelúgano.—Parroquia de Pelúgano (Aller).

74.—D. F. G. de C.—La Busta.—Parroquia de La Busta. (Tiene además el número 4 de la lista).

¿Coincidencias....?

(HISTÓRICO)

Recordamos muy bien la fecha: era por los años 188.... Fernando Póo, la hermosa Isla, una de nuestras Colonias, se sentía herida por el desdeñoso olvido con que se la miraba desde la metrópoli. Sta. Isabel no era por aquellos días, la populosa ciudad que hoy contemplamos, eran los primeros momentos de una civilización incipiente: la población europea, relativamente escasa; entre los que por aquellos días circulaban afanosos por sus primitivas calles, distinguíase también una generación de espíritus más o menos descreídos, sueltos e ilusos y de esos que se llaman a sí mismos, *espíritus fuertes*, porque entre los atrevimientos de su ser despreocupado, cuentan con la valerosa valentía de hacer frente, como ellos dicen, a la *reacción*.

El protagonista de nuestra historia era uno de esos hombres que llevados río abajo por la corriente impetuosa de la época, se sumaba medio inconscientemente a esa generación de indiferentes.

Oriundo de una familia profundamente cristiana, no era en el fondo un escéptico, ni un incrédulo de escuela; merced a la educación primera, tenía sus reservas de catolicismo, pero eso sí, enfundado y mohoso; era un catolicismo acomodaticio y muy oficial; el alejamiento de la familia, las compañías poco escrupulosas en un principio, y de los avanzados después, las ilusiones de

una juventud ardiente, vigorosamente sanguinea, hicieron de él a la vez que un desprecupado, un vicioso; se arrojó por la pendiente y no tuvo en cuenta que el declive era por demás resbaladizo y atrayente. Tolerante y de ideas amplias para los demás, se entreveía no obstante, de cuando en cuando en sus conversaciones el virus irreligioso que dominaba su espíritu, y la sicilipsis que corroía su vida moral; le molestaba el incienso, en cambio recibía fuerza y vigor con los vapores báquicos que aspiraba como por necesidad. Así fué siguiendo los años. Un destino en nuestra Colonia le trasportó de la península a estos países africanos. Aquí se dió a la vida en grande; «Africa, no es la rígida España, la de las intolerancias y de los escrúpulos, se decía: aquí hay muchas cosas que pide la naturaleza cuyos desahogos se deben procurar; la moral estrecha de un solterismo continente, pugna aquí con las exigencias de la higiene de una larga vida.» Con esta norma de vida y sin la suave presión de su piadosa esposa; no hay que decir que la vida del Sr. N. era la de un escandaloso sibarita. Su caballerosidad, trato cortés y delicado, los arranques de generosidad que de cuando en cuando esmaltaban el abigarrado cielo de su alma, y describían admirablemente lo que hubiera sido aquel corazón sin preocupaciones, le granjearon su círculo de amistades. El Sr. N. simpatizó, a pesar de sus opiniones con nuestros Padres: nunca le vieron intemperante y prevenido, no sentía por lo menos para los nuestros, esas corrientes de clerofobia que trae locos a nuestros intelectuales de Buffet. El Rmo. P. Ramirez, pulcro, de trato cultísimo e ingenuo y con el conocimiento que tenía del corazón humano, conoció toda la situación por demás crítica de aquella alma extraviada; su amistad cristalizó con el alma angelical del P. Pagés. De todo se valieron nuestros Padres para traer a buen camino aquel corazón que se perdía para siempre; un día el P. Ramirez, con los delicados resortes de la fina diplomacia, otra la ingenuidad consumina del P. Pagés, pero todo en vano; aquel corazón se hallaba en el atascadero y no había remedio; cuando más cercado se hallaba por el interés de su alma y la amistad de nuestros Padres, se salía despreocupado por lo tangente con un desesperante «a lo último lo arreglaremos todo»—¡Que no llegará V. a tiempo! le replicaba el P. Pagés.

—Si. Padre, allí siempre se llega a tiempo, repetía nuestro hombre.

El Sr. N. enfermó; una terrible hematurica le hundió en la cama; a los pocos días la enfermedad presentaba síntomas alarmantes: aquel cuerpo días atrás, vigoroso, frescote y lleno de vida, se hallaba en los umbrales de la eternidad: aquel aspiritu fuerte tembló y sintió mucho miedo ante la presencia del Soberano Juez que tenía tan cerca; era la primera vez que sentía los escalofríos del miedo. Al sentirse asido por la muerte el Sr. N. pidió con urgencia al Padre: «que llamen al momento al Padre, pues me muero»

Serian las primeras horas de una de esas noches oscuras y silenciosas, en la que sólo se oía el monótono silbido de un viento impetuoso; mensajero cierto de una desecha tempestad de viento, cuando se avisó el P. Pagés: a los pocos momentos el Padre se encontraba a la cabecera del enfermo; acababa de caer en un sopor misterioso e inexplicable que le privó por completo de los sentidos: tres cuartos de hora permaneció el P. Pagés al lado: el enfermo no reaccionaba.—Cuando vuelva en sí me llaman Vdes. al momento, dijo el P. a los enfermeros. No había transcurrido una hora y el enfermo volvió a llamar al Padre: el celoso P. Pagés voló al lado del enfermo; pisaba los umbrales del hospital y el Sr. N. caía luego en su misterioso letargo. Pasado algún tiempo se volvió a casa el Padre, dejando el mismo encargo. Vuelve el enfermo en sí, y llama azarado y con urgencia al Padre: «que venga luego el P. pues me

muero»; este acude velozmente; a los pocos minutos está a la cabecera del enfermo al que encuentra de nuevo invadido del misterioso letargo. Ante esas inexplicables coincidencias el P. Pagés quedó consternado: el enfermo no reaccionaba; después de largo tiempo el P. Pagés volvió a casa con la terrible pesadilla de que la mano justiciera de Dios pesaba inexorable sobre el desventurado enfermo; azoroso y con el aliento entrecortado acudio al Rmo. P. Ramirez: «Mire, Padre, lo que me pasa.....» y contó los pormenores de aquella escena que tan cruelmente le destrozaba el corazón. «¡Ay, Padre, mío, le contestó el P. Ramirez, ese hombre ha vivido muy mal, ha despreciado la gracia de Dios; y por necesidad tiene que morir mal!»

Tenia razón el Rmo. P. Prefecto; la justicia inexorable de Dios se deja sentir con todo su peso sobre aquel corazón que no había aspirado más que las delicias de una vida carnal; por justos juicios de Dios aquel hombre murió impenitente.

Sonriase cuanto quiera el incrédulo, juzgue como le plazca la crítica sin Dios estas coincidencias, yo me atenderé a aquello «como es la vida así es la muerte y aquella ignorancia muy sabia que dice:

Porque es la ciencia del hombre,
Que su vida en gracia acabe,
Pues al fin de la jornada,
Aquel que se salva sabe,
Los demás no saben nada

(Ruiaz.)

(«La Guinea Española»)

Muerto ilustre

Toda la Prensa periódica ha dado cuenta del fallecimiento del R. P. Luis Coloma, S. J., ilustre Académico de la Lengua y de tan sólida fama por sus virtudes y sus numerosas y brillantes obras literarias.

Con profusión, antes y después de fallecido el insigne escritor, se han publicado sus datos biográficos y el índice de sus libros editados y tan justamente apreciados del público que lee y de la crítica docta. Sólo reproduciremos aquí algunas muy notables particularidades que ahora ha revelado un distinguido periodista católico.

Se trata de un hecho curioso que el propio Padre deja escrito en un papecito que le servía de registro en el Breviario, y dice de esta manera: «Hoy, 13 de noviembre de 1885, me ha dicho el R. P. provincial Francisco Muruzábal que vivirá hasta los sesenta y cinco años.»

El jueves, Octava del Corpus, pasó a mejor vida—así piadosamente lo creemos—éste, en Religión, hijo ilustre de San Ignacio, y el viernes, fiesta del Sagrado Corazón, recibió cristiana sepultura, concurrendo a su entierro lo más notable de Madrid.

A la ínclita Compañía de Jesús, a la Real Academia Española y a la cristianísima y distinguida familia doliente, damos nuestro sentido pésame, y rogamos a nuestros lectores encomienden a Dios, Nuestro Señor, el eterno descanso del alma del finado religioso.

Lo que cuesta la guerra

Según una entrevista celebrada entre un redactor del «New York Herald» y una alta personalidad de la banca francesa, resulta que las cifras publicadas hace poco en Londres y en Ginebra son o fantásticas o erróneas, pues por sus cálculos el conflicto mundial no cuesta menos de siete mil millones de francos por mes. Esta cifra no comprende la falta de interés del capital inmovilizado, los intereses de los empréstitos etc. etc.

Esta colosal suma la soportan mensualmente las naciones siguientes en esta proporción:

Inglaterra.....	1.200 millones.
Francia.....	1.200
Rusia.....	1.200
Alemania.....	2.000
Austria.....	1.000
Bélgica, Servia y Montenegro.....	200
Las naciones movilizadas:	
Suiza, Italia, Rumania y Grecia.....	200

Las moscas

Nada más sucio, más odioso ni más peligroso para contagios que las moscas.

El dueño de una casa bien cuidada no debe perdonar medio para destruirlas; pero hasta ahora todos los procedimientos ensayados para ello presentan muchos inconvenientes y no atacan a la fuente del mal.

Todas las moscas han sido gusanos producidos por la podredumbre, y estas moscas pondrán huevos que se convertirán en gusanos antes de convertirse en moscas. Todo el mundo sabe que esta generación se forma muy de prisa, y que todas las moscas que vuelan por nuestro comedor y nuestras alcobas han habitado las fosas de retretes y estercoleros, en forma de gusanos.

Al comenzar el calor, estos gusanos se transforman en *crisálidas* y moscas, y estos montones de crisálidas suben a la superficie de los estercoleros y forman allí una espesa costra negruzca de donde salen todas las moscas.

Para impedir que se desarrollen basta con arrojar petróleo en los retretes y estercoleros y pozos negros, y también aceite de nafta o *coaltar*, que son menos costosos y duran más tiempo. Este petróleo, permaneciendo en la superficie, forma una capa que impide a las moscas atravesarla, destruyendo, además aquellas crisálidas que llegan a la superficie al tocarla con sus antenas.

Esta operación puede servir para toda una estación, porque el petróleo dura mucho tiempo; pero no estará demás repetirla una vez al mes durante la temporada de verano.

Este procedimiento debeis contarlo a vuestros convecinos y publicarlo lo más posible, en la seguridad de que si por todo el mundo y en todas partes se practicara un solo año, éste sería

el fin del mundo para las moscas. El remedio es tan sencillo que debeis practicarlo sin pretexto y sin demora, porque no creemos que haya nadie que guste de tener en casa una plaga que sabe a ciencia cierta que es perjudicial y sumamente molesta.

Dejemos a un lado el origen asqueroso de esos insectos, que más arriba hemos citado, lo inevitable de que se posen sobre los alimentos que hemos de comer, las manchas que dejan sobre los muebles, paredes y ropas; limitándose sólo al aspecto higiénico, es sabido que las moscas llevan gérmenes de multitud de enfermedades. Conocemos las moscas carbuncosas; y como ellas las hay sumamente peligrosas, porque al posarse sobre nuestro rostro o sobre nuestros alimentos, pueden venir de haber estado sobre una llaga, sobre un enfermo contagioso o sobre deyecciones transitorias también de enfermedades más o menos graves.

Hemos señalado antes el remedio radical y preventivo contra las moscas; réstanos exponer cómo podremos destruir las ya nacidas y las que procedan de la negligencia reproachable de vuestros convecinos. Para ello emplearemos el procedimiento al formol.

El formol es un producto común que se vende muy barato en todas las farmacias y droguerías, de olor no desagradable a nuestro olfato y cuyo líquido posee la cualidad de envenenar rápidamente a los asquerosos insectos de que nos ocupamos.

En un departamento cerrado, colóquese un plato conteniendo una parte de formol por diez de agua, y para mayor prontitud en el cebo, meted un terrón de azúcar en el borde del plato, y no tardareis en ver que todas las moscas que pretenden tocar al agua o al azúcar morirán instantáneamente. El solo olor del formol basta al cabo de un rato para embotar a las moscas y hacerlas caer al suelo donde se les puede matar seguramente.

Para destruir los millares de moscas que abundan en los establos y cuadras de animales durante el verano y que tanto atormentan a los animales, se debe obrar de la siguiente manera:

Mojad un bramante grueso y largo en agua formulada al 1 por 10, y tened este bramante dando vueltas diferentes, de suerte que formen diversas líneas separadas igualmente entre sí, bajo el techo del establo o cuadra, y vereis que todas las moscas que allí se posen, que serán la mayoría, caerán inmediatamente al suelo, y antes que el bramante se seque, la cuadra quedará limpia de moscas.

Se puede emplear el mismo líquido para humedecer el pretal de los caballos y animales que se hacen trabajar al sol para el cultivo o el acarreo, y gracias a esta precaución las moscas, y sobre todo los tábanos, no atormentarán a los animales, evitándose con esto además numerosos accidentes.

EL DOCTOR CENTENO

(De una Revista agrícola)

Para quitar las verrugas

Se corta un diente de ajo en rodajitas y se deja macerar en un poco de vinagre durante 24 horas por lo menos. Por la noche, al acostarse, se pone una rodajita de ajo en la verruga, fijándola por una venda de tela para que el ajo no cambie de lugar. Por la mañana la verruga se encuentra hinchada; córtese ligeramente la parte superficial sin hacerse sangre. En caso de que aparezca la sangre, cauterizarla con el vinagre en que se ha macerado el ajo. Se repite la operación durante varias noches y la verruga desaparecerá para siempre.

La peor acción

Es una maldad de todo punto cobarde cerrar en el corazón de una criatura humana la fuente de consuelo que le abre la fe; es más baja que un hurto, y más vil que la del envidioso que atenta en la sombra a la propiedad de otro. El «espíritu fuerte» que procura destruir la fe de alguien para lograr su provecho o su gusto, debe posponerse al malhechor que da un narcótico a la persona que trata de robar. Tal sentimiento me inspiran los escritores, los poetas, los artistas y los oradores que se han procurado el éxito despertando la fibra de la impiedad. (Veuillot.)

Correspondencia administrativa

Sr. D. B. S. G.—Ujo.—Pagó a fin Junio 1915.

Sr. D. A. M.—Barruelo del Valle.—Id. a fin 1915.

Sr. D. F. G. de C.—La Busta.—Id. 1915.

Hemos recibido un G. P. del Sr. C. P. de Villaviciosa por 12 ptas. y de cuya suscripción no tenemos nota.

FÁBRICA DE ORNAMENTOS Y ARTICULOS DE IGLESIA

de JOSE SALA BRUNET
calle de la Canuda, núm. 9—BARCELONA

Casullas y ternos completos, de damasco y tapicería, desde lo más sencillo a lo más rico que se pida, tanto en tejidos como bordados.

Se bordan estandartes, banderas y túnicas para imágenes, en oro y sedas, a precios módicos y tan buenos como se deseen.

EL LIBRO MAS UTIL DE TODOS es el

RECETARIO DOMESTICO

del Ing. Ghersi y el Dr. Castoldi

En las 5.667 recetas que contiene se encuentra solución para todos los problemas de la casa.

Un volumen de 1.014 páginas, Ptas. 12.

GUSTAVO GILL, editor, Barcelona.

Imp. de Lino V. Sangenis.—Gijón

IMAGENES Y ALTARES

Para adquirirlos recomendamos los laureados y acreditados talleres de

JOSE TENA

BAJADA PUENTE DEL MAR, 1

VALENCIA

No dejar de consultar esta casa.

PAÑOS Y NOVEDADES

LA SIRENA

Corrida, 86 y 93

GIJON

FUNERARIA DE

Hijos de Feliciano Rodríguez

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40.—GIJÓN—Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

—: Prontitud, esmero y economía :—

BANCO DE CASTILLA SOCIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1857

Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle de los Moros

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

Acebal, Rato y Comp.[®]

FUNDACION DE HIERRO

Barrio del Tejedor.—GIJON

Cocinas cerradas desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra, evita este sistema las cucarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tubería, parrillas, etc.